

Caballeros de la noche. Antropología y museos en la Argentina de las últimas décadas del siglo XIX

Irina Podgorny, Máximo Farro, Alejandro Martínez y
Diego Ballesterio

Introducción

En los últimos veinte años, los museos, hasta entonces un objeto prácticamente invisible, incluso para los historiadores, se transformaron en sinónimo de lugares de la memoria por los que valía la pena combatir (Huyssen 2000). Y aunque los teóricos de la cultura de vanguardia del siglo XX habían pronosticado su pronta extinción, cobraron una vitalidad que pocos se hubieran imaginado hace un siglo. Más aún, los museos de historia natural de América del Sur empezaron a analizarse como mero dispositivo de propaganda o de control de los Estados nacionales. Esta línea, originalmente promovida por la crítica ideológica de los llamados “estudios culturales” y de los estudios “postcoloniales”, se combinó en la década de 1990 con el furor que desencadenaron los trabajos sobre el nacionalismo, la construcción de las tradiciones y la creación de “comunidades imaginadas”.¹ En ese marco, se instaló como lugar común que los museos se establecían como máquinas de representación de la nación. Nadie, sin embargo, se encargó de demostrar este enunciado. Bajo la impresión de los edificios monumentales, se creyó en la eficacia de los mismos y se repitieron los tópicos que sus creadores habían usado para defender la necesidad de construirlos. En esos relatos llenos de juegos de palabras, los museos aparecen como instrumentos del poder y ojos de un Estado que, con un poco de suspicacia y de oficio historiográfico, se hubiese descubierto menos fuerte que el argumentado por la lógica de este tipo de trabajos. Más aún, con ellos se reforzaban las conclusiones de la historiografía más tradicional sobre el papel que, en el marco de creación de los Estados nacionales, habrían tenido la ciencia

¹ Inspirados por la lectura de la obra de Benedict Anderson (1991) y la de Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1992).

y sus instituciones, ahora ya no como vehículo del progreso sino de la dominación y consolidación del lado oscuro de la modernidad (Podgorny/Lopes 2013). No deja de llamar la atención el grado con que la teleología del nacionalismo y las simplificaciones de los estudios culturales corroyeron parte de la reflexión histórica sobre la ciencia del siglo XIX, situándola cerca de la condena ética del proceder de la ciencia y de los científicos o transformadas en un postulado que se acepta sin dificultades por su fácil digestión. Así, en esos veinte años, se instaló un vocabulario y un tono de discusión donde no se trata de demostrar el carácter de esa relación entre museos e investigación científica y la formación de los Estados nacionales sino de atacarla desde la sensibilidad política contemporánea.

En las páginas que siguen, muy someramente, se analizan las prácticas de la antropología en los museos de la Argentina de fines del siglo XIX. Nos referimos a las contingencias que incidieron sobre la creación de espacios institucionales y de las prácticas asociadas al trabajo y estudio de cráneos, esqueletos y fotografías y lo que los actores definían como colecciones antropológicas.

Un turista de la antropología

En la Argentina, las colecciones antropológicas y los espacios institucionales para albergarlas surgieron en las últimas décadas del siglo XIX como iniciativa particular de algunos individuos, principalmente de las provincias de Salta y Buenos Aires (Podgorny 2000b y 2009). El Museo Público de la Provincia de Buenos Aires, creado en 1823 y dirigido por Hermann Burmeister desde los inicios de la década de 1860, estaba orientado, por el contrario, por los intereses científicos de su director, concentrado en promoverse a sí mismo a través de la descripción de los imponentes mamíferos fósiles de las pampas (Podgorny/Lopes 2008). En ese museo, situado a pocos metros del centro político de la ciudad, el estudio del hombre americano o europeo ocupaba poco o ningún lugar (Podgorny 2009), pese a que desde la década de 1860 el tema resonaba cada vez más en Europa, vinculado a las cuestiones acerca de la etnogénesis de los grupos humanos, la antigüedad, el origen y la evolución de la humanidad (Blanckaert 1989, Van Riper 1993). Las iniciativas particulares en el estudio de la antropología americana se irían conglomerando —para después volver a dispersarse— en la Sociedad Científica Argentina (establecida en 1872), donde algunos

de sus socios anudaron el intercambio de datos, favores y colecciones que caracterizaba la práctica de la antropología en la Argentina y en el resto del mundo (Dias 1990, Farro 2009, Podgorny 2009).

Sin pretender reducir la cuestión a un individuo, analizaremos el caso paradigmático de Francisco P. Moreno (1852-1919), uno de los tantos que permite observar la relación entre el Estado y los practicantes de la ciencia en esa época. Moreno formaba parte de una familia de aseguradores y financistas, ligada a la política, los clubes y a la banca porteña, que le abrió el acceso a los circuitos de negociación para obtener un lugar en el Estado para sus intereses científicos (Podgorny 2006b, Farro 2009). Su padre, Francisco F. Moreno (1819-1888), amigo del influyente Vicente G. Quesada (1830-1913), fue el primer secretario de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, director del Banco Provincia, diputado y senador en la legislatura de 1854. Sus hijos Josué y Francisco P. se incorporaron desde temprano a la empresa familiar. Josué continuó en el negocio de los seguros, siguiendo la tradición de su abuelo materno, Joshua Thwaites, comerciante y ganadero inglés establecido en Buenos Aires, uno de los fundadores del Banco Nacional y propietario de una extensa estancia en la laguna de Vitel, Chascomús, dedicada a la cría de ovinos (Farro 2009, Podgorny 2006b). Los hábitos familiares de Moreno hablan de una relación constitutiva entre los coleccionistas, las colecciones y la infraestructura del comercio (redes de circulación de cosas, depósitos de almacenaje, necesidad de inventarios y registro de entradas y salidas), tema que permanece pendiente en la historia de la ciencia en la Argentina. Sin embargo, se trata de un rasgo compartido por varios de los caballeros que, como Moreno, Juan M. Leguizamón y Teodoro Vilardebó, entre muchos otros, fueron devorados por el afán coleccionista (Podgorny 2009 y 2011). El apoyo familiar, por su parte, constituye un dato estructural para entender la antropología de Moreno, surgida gracias al fomento paterno a su interés juvenil en la escuela antropológica de París y reflejado en la ayuda económica para la realización de viajes de estudio y la compra de bibliografía e instrumental científico. Como se repetiría en varios casos, la práctica de la ciencia se armó a modo de empresa familiar, buscando recursos estatales para costear los emprendimientos a gran escala o que excedían las posibilidades particulares, tal como un gran museo o los costos de flete y pasajes desde y hacia el puerto o las estaciones de Buenos Aires y, más tarde, La Plata (Podgorny 2005 y 2006b).

Durante la década de 1870, Moreno realizó expediciones en la Provincia de Buenos Aires, la Patagonia y el Noroeste argentino, utilizando recursos estatales y su red de relaciones familiares para el montaje de colecciones de cráneos indígenas y objetos arqueológicos que serían depositadas en su domicilio particular para recreación de sus conocidos (Farro 2009: 25-61). Al mismo tiempo, se convertiría en corresponsal de varios estudiosos europeos dedicados al estudio de la antropología, quienes lo estimularon para que les enviara la mayor cantidad de cráneos posible, indispensables para el desarrollo de los trabajos de craneología comparada a escala global. En 1874 publicó en la *Revue d'anthropologie* una memoria sobre las colecciones de cráneos que había recogido en el Río Negro, incluyendo las primeras mediciones craneométricas realizadas en la Argentina con el goniómetro de Broca, uno de los tantos instrumentos promovidos y vendidos desde la École d'Anthropologie de París (Moreno 1874).² Esas mediciones tomadas por Moreno debieron ser ajustadas posteriormente, en esa institución francesa, a la nomenclatura en uso, agregándole el nombre técnico apropiado, y debieron ser cotejadas sobre las mismas colecciones, dos años después, por una comisión de viajeros franceses de paso por Buenos Aires (Farro 2009). En 1877 Moreno preparó también un álbum compuesto por una serie de fotografías que ilustraban sus colecciones de cráneos y de objetos arqueológicos,³ que formarían parte del pabellón de la República Argentina en la Exposición Universal que se realizaría al año siguiente en París (Podgorny/Lopes 2008). Una vez finalizada esa exhibición, estos materiales fueron donados a la Société d'Anthropologie, en cuyas reuniones serían exhibidos y discutidos, para ser luego publicados en las obras de clasificación y síntesis de Armand de Quatrefages (1810-1892), Ernest-Théodore Hamy (1842-1908) y Paul Topinard (1830-1911).

Simultáneamente, Moreno ofreció en donación sus colecciones –unos 300 cráneos humanos–, al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires para crear un Museo Antropológico y Arqueológico, con la condición de alquilar un local fijo para ellas y ser nombrado director vitalicio del estableci-

2 El goniómetro facial había sido inventado por Morton en 1838 para la craneometría más que para la cefalometría. El goniómetro facial mediano era de 1874; el goniómetro lateral, una versión anterior, se había vendido a más de 500 viajeros (Broca 1879: 39 s.). El goniómetro lateral de Broca era barato y ligero: 190 gramos a un costo de 29 francos, incluyendo la caja para transportarlo en los viajes.

3 Las fotos, expresamente tomadas para la exposición, se presentaban a una escala a mitad del tamaño natural.

miento (Moreno [1877] 1935). El proyecto, presentado el 8 de agosto de 1877, no recibió inicialmente un trato favorable en las cámaras legislativas, generando una serie de debates que ponían de manifiesto la inconveniencia de sostener con fondos públicos una serie de colecciones que, por las condiciones estipuladas en el acta de donación, parecían satisfacer las aspiraciones y deseos de un individuo más que el desarrollo de una actividad de carácter científico que, para los diputados y senadores, distaba de poseer una “utilidad pública inmediata” (Farro 2009: 63-95). Para defender su proyecto en ese contexto adverso, Moreno empleó una retórica que apelaba a la utilidad pública y al orgullo nacional: no ceder las prioridades en la descripción de esos materiales a los estudiosos europeos. Finalmente, el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires surgiría como la primera institución consagrada a la historia del país y al “conocimiento del origen de sus habitantes, de sus caracteres anatómicos, morales e intelectuales, sus inmigraciones, cruza, distribución geográfica y estado de su civilización primitiva” (Moreno 1935: 130). En ese esquema, o mejor dicho en la retórica de defensa de la utilidad del museo, la antropología y la arqueología servirían a la patria ayudando al sometimiento y pacificación de los grupos indígenas. La creación de un museo donde atesorar la historia natural del hombre en el territorio argentino equivalía así a reservar para el país “la gloria y el derecho de dar al mundo su descripción” (Moreno 1935: 129). Para apuntalar más aún su proyecto, Moreno publicó a comienzos de 1878 *El estudio del hombre Sud-Americano*, donde deseaba demostrar “el interés que para los argentinos tiene el pasado más remoto de nuestros precursores en este suelo, como base de nuestra historia” (Moreno 1878: 15). En este escrito, impregnado del vocabulario francés propio del transformismo y de las disciplinas parisinas de la época (Podgorny 2006a), sobresalen las siguientes ideas: primero, la aceptación de la idea de unidad de leyes rectoras del mundo material y moral y de la ley de perfeccionamiento válida para todos los organismos. Moreno difundía la animalidad del hombre y su cualidad de “contener en su constitución física, la organización viviente de todo lo que ha aparecido en la tierra” (Moreno 1878: 4). La Antropología, es decir el estudio del hombre por el hombre y las expediciones científicas, el medio necesario para confirmar los grandes eslabones en la marcha hacia la civilización, se presentaban como resultados de la llamada ley del progreso. Segundo, un hecho rotundo: “el hombre salvaje que vive hoy en el Chaco, en los arenales Patagónicos y en la helada Tierra del Fuego, y el habitante prehistórico de la Europa, son el mismo moral-

mente” (Moreno 1878: 12). Moreno adoptaría la idea de la preponderancia moral y efectiva de los pueblos civilizados sobre los pueblos detenidos en la barbarie y lanzaba la siguiente pregunta al futuro: “por qué hay razas estacionarias en sus progresos y si es que están condenadas moralmente desde su infancia, ó si su decrepitud es debida a la influencia del medio en que moran” (Moreno 1878: 13). Este interrogante, de puras resonancias lamarckianas contradictorias con su retórica darwinista (Montserrat 1980, Stocking 1988, Blanckaert 1988: 44-51), no dejaba afuera a los “hombres salvajes contemporáneos”, habitantes de los territorios que, en 1878, todavía permanecían en los márgenes del dominio del Estado. Por otro lado, Moreno sentenciaba:

[...] todo pueblo que se interesa en inquirir el origen de su prosperidad y de su raza, trata de seguir de etapa en etapa el desenvolvimiento de los hombres que han habitado el terreno que hoy ocupa como nación, estudiándolo en sus mas insignificantes manifestaciones, aun las casi infantiles de cuando al principio trataba de desligarse del reino animal, y luego hasta el día que lo dominó completamente, desde la edad del conocimiento del fuego hasta la del acero (Moreno 1878: 15).

La prosperidad y el devenir de los argentinos, se ataba, en estos discursos, al estudio del pasado y a los constituyentes de la raza; y la prosperidad del museo al éxito de estos discursos frente a quienes no estaban muy dispuestos a creer que desde el gabinete de un joven de una familia acomodada de Buenos Aires se resolvieran los problemas de la provincia.

Aunque las explicaciones acerca de cómo contribuiría a concretar dichas metas nunca se dieron, el museo se inauguraría el 1 de agosto de 1878 en el cuarto piso del antiguo Teatro de Colón (Podgorny 1998), como resultado eficaz de las gestiones de Moreno ante el gobierno provincial y con el apoyo indudable del ministro Vicente Quesada, él mismo interesado por los estudios americanistas. En este punto es importante indagar acerca del sentido con que se apelaba a la antropometría y a las determinaciones antropológicas como elementos de utilidad indispensables para la patria. Los trabajos producidos por Moreno no contribuyen a esclarecer este interrogante, sobre todo porque desde su museo antropológico solo se produjeron las fotografías depositadas en París, una narrativa de viaje y discursos de promoción de sí mismo. En cierto sentido, se puede afirmar que el Museo Antropológico y Arqueológico, como otros trabajos realizados desde la Argentina, resultaban más funcionales a la *École d'Anthropologie* parisina. Por otro lado, la presencia en su biblioteca personal de un ejemplar pro-

fusamente anotado del *Manuel du Voyageur* del suizo David Kaltbrunner (1879), un producto dedicado a los turistas deseosos de colaborar en la empresa científica, da indicios de la importancia de esta obra para que Moreno entendiera las técnicas de relevamiento topográfico y las técnicas antropológicas acuñadas en París. De esa obra parece proceder también la inspiración de los párrafos que mucho más tarde redactaría como instrucciones para los naturalistas viajeros que actuarían bajo sus órdenes en el Museo de La Plata (Podgorny 2002 y 2009). Recordemos, por su parte, que este manual, aunque muy utilizado por los turistas de la antropología, fue muy criticado en las revistas especializadas, que insistían en que el envío de un cráneo no se podía sustituir por medidas mal tomadas por los viajeros instruidos virtualmente por Kaltbrunner (Podgorny 2009). De tal manera, surge la paradoja de que los patrones de observación y recopilación de datos de esa figura que cierta historiografía consagra como una suerte de “herramienta de la Nación” y otra como “arquetipo de la argentinidad”, fueron modelados por un producto de la empresa editorial comercial europea del tardío siglo XIX (Podgorny 2009).⁴ La óptica del Estado, en todo caso, se ajustó a los parámetros de los ojos del ocio burgués, siempre dispuesto a distraerse en las modas del momento y, como Bouvard y Pécuchet, confundirlas con la búsqueda del conocimiento.

En esa línea, en 1879, los contemporáneos de Moreno, en ocasión de la publicación de su obra *Viaje a la Patagonia Austral*, señalarían que allí primaban las descripciones impresionistas de carácter “poético” en detrimento de los datos científicos (Podgorny 2000a). En abril de ese mismo año, la Presidencia de la Nación comisionó a Moreno el último de sus viajes de juventud: la exploración de la costa patagónica entre el Río Negro y el Deseado. Ese viaje se realizó en medio de las turbulencias generadas por la campaña militar a cargo del general Julio A. Roca (1843-1914), desplegada en los territorios de la Patagonia para desplazar a los grupos indígenas que la habitaban e incorporar esas tierras al dominio estatal. Desobedeciendo órdenes, Moreno se internó por tierra hasta el Nahuel Huapí, donde fue tomado prisionero por el cacique Shayehueque en represalia por las acciones de las tropas nacionales contra miembros de su clan. Moreno regresó a Buenos Aires en febrero de 1880, destituido de su cargo

⁴ Este manual fue reseñado críticamente en la *Revue d'Anthropologie* (1879: 323-325), precisamente por su carácter general y el error que induce en cuanto a los métodos craneométricos (Farro 2009, Podgorny 2009).

de jefe de la Comisión Exploradora de los Territorios Australes. Tras largas pruebas justificativas médicas, le sería aceptada la renuncia y, en 1880, partiría hacia Europa, buscando refugio de la acusación de incumplimiento del deber público.⁵ Aconsejado una vez más por Vicente Quesada, se alejó del país para refugiarse en Europa. Quesada le indicó además que aprovechara para estudiar antropología en Francia. Y aunque asistió a clases y trabajó relación personal con alguno de sus corresponsales, como señaló más tarde Ernesto Quesada en su particular hagiografía de Moreno (Quesada 1923, Podgorny 2006b), desoyó los consejos del experto político y se dedicó, en cambio, a las negociaciones para agilizar el olvido que le permitiera regresar a Buenos Aires como un estudioso consagrado. En esos años marcados por el cuestionamiento público y la crítica de sus contemporáneos, Moreno trabajó para consolidar en la prensa su imagen de “explorador heroico” de los territorios nacionales, asociando la historia de sus colecciones y las instituciones que las albergarían con su propia biografía y con el destino de grandeza de la “Nación” (Farro 2009).

El Museo General de La Plata y sus caballeros de la noche

A su regreso de París, Moreno recurrió a la Sociedad Científica como tribuna de propaganda para promover la construcción de un museo moderno, al estilo del inaugurado recientemente en Londres. En una conferencia de 1881, inspirada en la visita a los museos parisinos y londinenses, desarrollaba la idea de poseer un gran museo, donde la antropología coronaría la historia natural. En este discurso, la antropología y la arqueología ya no podrían localizarse en un gabinete, proponiendo en cambio la creación en Buenos Aires –capital de la República– de un museo como un gran monumento nacional (Moreno 1881). Por entonces empezaba a decidirse qué instituciones pasarían a la ciudad de La Plata, la nueva capital de la provincia, y cuáles permanecerían en la prestigiosa ciudad del puerto y de la aduana. En París, Moreno había contactado al joven Florentino Ameghino (1854?-1911), quien desde la década de 1870 promovía la idea de la contemporaneidad de los grandes mamíferos fósiles con el hombre

5 Moreno había abandonado sus viajes de exploración aduciendo graves problemas de salud, certificados por diversos médicos como “anemia cerebral y ataxia locomotriz” (Podgorny 2002).

prehistórico de las pampas y que, desde 1878, se hallaba estudiando en los laboratorios del Muséum d'Histoire Naturelle (Podgorny 2000a, 2005 y 2009). Hacia 1880, esa alianza coyuntural, les permitía hablar del linaje de científicos transformistas, es decir, un grupo de naturalistas unidos por la pertenencia generacional y el interés en el hombre americano del pasado. Moreno y Ameghino –quien en esos años publicaba un extenso estudio sobre la contemporaneidad del hombre de las pampas con la fauna extinguida– cimentarían mutuamente su identidad de naturalistas formados y reconocidos en París, difundiendo el reconocimiento que sus hallazgos e ideas tenían entre los arqueólogos y antropólogos europeos. A ello se sumaba la ventaja de residir de este lado del Atlántico y de haber visto con sus propios ojos y en su sitio aquello que en Europa solo podía ser visto en fotos o en los museos. Otro tópico los unía: la oposición a las figuras dominantes en la ciudad porteña y la transformación de su saber en utilidad pública, en aras de la obtención de recursos y del apoyo de los políticos (Podgorny 2000a).

La correspondencia entre Moreno y Domingo F. Sarmiento (1811-1888), publicada en abril de 1883 en *El Nacional*⁶ forma parte de esa búsqueda de alianzas para la legitimación recíproca. Moreno, en viaje por los territorios y provincias del norte argentino, desestimaba las críticas aparecidas en *La Nación* y *The Standard* a la obra del ex presidente, comparándolas con las del periódico católico *El Eco de Córdoba*. Allí se había acusado a Moreno de “caballero de la noche” y “ladrón de vasos sagrados”, cerrando con una frase lapidaria: “es muy amigo de Sarmiento [...] no solo amigo, sino discípulo y muy aprovechado del Señor General; puede que ese sea su gran título en la pampa, aquí no”.⁷ La acusación refería a la profanación de tumbas con fines deshonestos: en agosto de 1881 el cadáver de Inés Dorrego fue robado del cementerio de la Recoleta por un misterioso grupo apodado “Caballeros de la Noche” comandado por un aristócrata belga, Alfonso Kerchowen de Peñaranda, que exigió un rescate a la familia (Cañas

6 “Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta II”, en: *El Nacional*, 10 de abril de 1883; “Redacción. Correspondencia epistolar”, en: *El Nacional*, 11 de abril de 1883; “Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta III”, en: *El Nacional*, 12 de abril de 1883. *El Nacional*, dirigido por Samuel Alberú, seguía los lineamientos del Partido Nacionalista de Roca.

7 Citado “Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta II”, en: *El Nacional*, 10 de abril de 1883. En la década de 1870, *El Eco de Córdoba* había recogido las acusaciones contra Burmeister, otro protegido del “general”, publicadas por los profesores alemanes contratados para la Academia Nacional de Ciencias.

1968). Es decir que se comparaba a Moreno con un traficante de cadáveres que, lejos de ser vendidos a los estudiantes o profesores de medicina como era habitual en la época (Sappol 2002), se utilizaban para lucrar con los deudos. Si *El Eco de Córdoba* apelaba a la figura de un secuestrador, queda la pregunta de si el establecimiento del museo sostenido con fondos del erario no se veía como un equivalente al rescate solicitado por el señor de Peñaranda. Los debates parlamentarios sobre el museo de Moreno, singularmente, habían hablado de la deuda de la Nación con el señor Moreno.

Moreno respondía, recordando los cursos de etnología tomados en París pero también cimentando su relación con Sarmiento y reconociendo las lecciones obtenidas de su obra.⁸ Más aún, *Conflicto y armonías de las razas en América* lo acompañaba en los viajes de exploración en busca del hombre sudamericano en los distritos andinos, ofreciéndose como aprendiz y como peón para recoger los elementos que el maduro general necesitaba para estudiar el gran edificio del cuerpo americano. Sarmiento agradecía y le enviaba cartas de recomendación para usar en Calingasta, donde debía abrir “ocho, al menos, sepulcros, bóvedas, que le mostrará un señor Villarino o Caicedo, u otro de los habitantes del lugar”.⁹ Moreno estaba recorriendo, en parte, los itinerarios trazados en *Civilización y barbarie* pero también los indicados por Topinard: en las cordilleras podrían llegar a encontrarse los restos de las antiguas razas arrinconadas. Es de señalar que en este intercambio epistolar entre Moreno y Sarmiento, el viaje científico se unía al plan de la generación de Mayo y adquiría un marcado tono político. Hacer arqueología o antropología se politizaba pero también se llevaba al terreno del lucro criminal: habiendo sido llevado al terreno del secuestro y la disputa por la administración de lo sagrado, se reaccionaba transformando en indiscutible el valor de las opiniones del general y haciendo ostentación

8 “Me leyó Ud. Prolegómenos, y robándole su tiempo, le escuché horas enteras después, para aprovechar de sus palabras como si fueran poderosos anteojos de larga vista, para orientarme y ver más lejos en el kaleidoscopio del movimiento diario de los pueblos [...] ¿Recuerda Ud. un día en que dejó el trabajo y salimos juntos, y caminamos mucho tiempo conversando?, (como el 20 de mayo en que después de la conferencia a Darwin, y en seguida de aparecer su artículo de las ‘Armitas’, fuimos de *El Nacional* al Museo Antropológico, donde usted me refirió a grandes rasgos un capítulo del tomo 2º del libro que recién principiaba [...] con lo que me probó que el plan de su libro estaba hecho ya con todos los perfiles, desde el primero hasta el último, en la sustancia gris, antes de fijarlo con tinta en el papel”. “Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta II”, en: *El Nacional*, 10 de abril de 1883.

9 “Redacción. Correspondencia epistolar”, en: *El Nacional*, 11 de abril de 1883.

de los vínculos necesarios para la práctica de estas ciencias. En efecto, Moreno celebraba el apoyo del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, en parte debido también a los favores de Sarmiento¹⁰, para emprender dichas exploraciones y enriquecer las colecciones del Museo Antropológico para transformarlas en otra cosa (Podgorny 2006b).

En efecto, el 25 de octubre de 1881 la Cámara de Senadores había aprobado, con modificaciones, el proyecto del Poder Ejecutivo sobre la fundación del Museo Nacional con sede en la ciudad de Buenos Aires. Un mes antes, el 2 de septiembre y en una conferencia brindada en la Sociedad Científica Argentina, Moreno había expuesto la importancia del estudio de la antropología y la arqueología en la Argentina, otro simple manifiesto sobre la necesidad de constituir un museo que, a la manera de los museos visitados recientemente en Europa, funcionara como un centro para el estudio del hombre americano (Moreno 1881, Podgorny/Lopes 2008). Recordemos que para el momento en el que Moreno arengaba por la construcción de un edificio que emulara a los “monumentos actuales, donde se guardan los monumentos perdidos” (Moreno 1881: 164) ya había iniciado anteriormente las negociaciones para la creación de un museo nacional y esto constituía una buena oportunidad para arengar por él. Moreno no ahorraría palabras y elogios para convertir sus sueños de monumentalidad en objeto de exhibición y admiración pública. Estos sueños de monumentalidad se habían ampliado exponencialmente luego del viaje a Europa, las visitas a las instituciones científicas y a exhibiciones, por lo cual –y en constante comparación con los museos ingleses y franceses– el proyecto original del Museo de Antropología y Arqueología quedaba pequeño ante la idea del gran centro de acopio donde debía conservarse la “evolución del hombre americano”.

El proyecto modificado por el Senado en 1881 recortaba el presentado por el Poder Ejecutivo en pos de “hacer economías positivas”,¹¹ transformándolo en un mero subsidio y aplazando la constitución del museo nacional. Sin embargo, hacía un especial énfasis en el apoyo a Moreno, ya que este proyecto debía “hacer honor á un talento argentino como lo es el doctor Moreno, naturalista muy distinguido; y bien merece la pena que se

10 Moreno se preguntaba retóricamente: “¿Alcanzaré a cumplir mis deseos? Si así sucede, veneraré siempre las cornalinas y los jaspes de Palermo?”, refiriéndose a sí mismo pero también a la obra del Parque 3 de Febrero promovida por Sarmiento. “Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta III”, en: *El Nacional*, 12 de abril de 1883.

11 Este debate se desarrolla en extenso en Podgorny/Lopes (2008: 179-191).

haga este gasto de cinco mil pesos fuertes, á fin de que este señor complete la colección que tenia de varios objetos disecados, cráneos, etc.”. Esto, sin embargo, suscitó la intervención de varios de los presentes. Ante la pregunta sobre ¿cuánto podría gastarse en la formación de un museo?, Aristóbulo del Valle (1845-1896), senador por Buenos Aires, fue el único de los presentes que parecía contar con datos concretos. Si bien Del Valle llamaba a ser cautos en el gasto, los rumores acerca de la cesión de la Provincia a la Nación del Museo Antropológico dirigido por Moreno, llamaban a que se tuviera en cuenta la perentoriedad de que el “personal directivo y científico sea rentado por la Nación”. A pesar de que Moreno no contaba con título alguno, su reconocimiento por los miembros del Senado ponía en valor sus talentos de naturalista y como propagandista de sí mismo (Podgorny/Lopes 2008). De tal manera, las intervenciones de los senadores Civit y Del Valle —el cual hacía gala de su conocimiento de los museos, la antropología y la arqueología geológica— se centraban más en la figura pública de Moreno que en los réditos que el establecimiento de un museo podrían tener para el país. En estos debates, las dotes y cualidades de Moreno para las relaciones públicas se exaltaban y se entremezclaban con halagos a sus capacidades como naturalista y sus virtudes como explorador. El 13 de diciembre la Cámara de Diputados discutió el fomento al Museo Antropológico y Arqueológico. Algunos, como el diputado Calvo, llegaron a argumentar que la Nación tenía una deuda con Moreno. Calvo buscaba postergar los debates en torno a la pertenencia nacional, provincial o particular de un museo y recordaba que el significado de un Museo Arqueológico y Antropológico eran “los trabajos de un argentino patriota que a una edad muy temprana, ha podido aglomerar preciosos conocimientos”.¹² Calvo iba más allá, y en su apoyo total al proyecto de Moreno, argumentaba que si bien el Museo Antropológico pertenecía a la Nación, había que tener presente que éste era “propiedad de un niño, que se ha adelantado a su edad, y que ha descubierto lo que nadie ha descubierto”.¹³ Esta postura contrastaba con otras que despersonalizaban el debate para centrarse más en la importancia de la creación de un Museo Nacional como un centro de estudios científicos y a su vez como una galería para exhibir ante el mundo las riquezas del país.

12 “Sesión del 13 de diciembre de 1881”. En: *Diario de Sesiones de la Cámara Diputados*. Buenos Aires, 1882, p. 1295.

13 “Sesión del 13 de diciembre de 1881”. En: *Diario de Sesiones de la Cámara Diputados*. Buenos Aires, 1882, p. 1295.

A un paso del triunfo por establecer el gran museo nacional, Moreno fracasó, debiendo optar por un nuevo emplazamiento para sus sueños monumentales: éstos se realizarían hacia fines de 1884 en la ciudad de La Plata en el Museo General de la nueva capital de la Provincia de Buenos Aires. Allí, la antropología —como la historia física y moral de las razas indígenas antiguas y modernas— presidiría, solo por un tiempo, a todas las otras ramas. En el diseño del recorrido de sus salas, la espiral evolutiva llevaría a las destinadas al hombre y a la casa del mismo director. Partiendo del mundo de los sedimentos geológicos, el plan original incluía las bellas artes y la industria contemporánea. La sección de Antropología del Museo de La Plata fue la única en conservar la idea de una naturaleza universal y, en parte, la relación con la naturaleza no americana en función de su objetivo de archivar “antigüedades” y restos osteológicos humanos de distintas partes del mundo. En la retórica de Moreno, este archivo suministraba el material de comparación necesario para dilucidar, entre otras hipótesis, los orígenes de las razas antiguas y —en etapas sucesivas de civilización— los contactos continuos entre los pobladores americanos y los del Viejo Mundo, la presencia de invenciones tecnológicas independientes, los contactos entre los pobladores de ambas Américas; y la ocupación del territorio argentino desde los tiempos más remotos de la humanidad (Moreno 1888, 1890a y 1890b). En este sentido, la antropología del Museo también exhibía metafóricamente un proceso contemporáneo: desde el hombre de la época glacial pasando por el indio recientemente vencido, se podía ver también el reemplazo —y las mezclas— de la población local por la inmigración europea. Los instrumentos hallados en diversos sitios del territorio de los pueblos nativos extinguidos podían estudiarse como parte del proceso evolutivo atravesado por toda la humanidad. Asimismo, los pueblos indígenas contemporáneos representaban etapas detenidas o degeneradas o parte de una infancia que no pudo abandonarse (Moreno 1890b).

Hay que recordar que todos los grandes museos fueron el producto de un cruce de intereses atados a distintas alianzas. En el caso concreto del Museo de La Plata, la labilidad de las mismas se plasmaría en la ausencia de condiciones materiales apropiadas para el trabajo y en la influencia de los intereses personales, que modelarán el proceso de formación, clasificación y estudio de las colecciones. Lejos quedaría la retórica de un plan orgánico y coordinado de exploración del país: en los seis años que mediaron entre la instalación de las colecciones en La Plata y la aparición del primer tomo de las publicaciones oficiales, en el museo no se produjo descripción

alguna de las colecciones que éste almacenaba. En las décadas siguientes el problema se agravaría: la entrada de colecciones no marchaba paralela a la creación de inventarios, un problema que todos los científicos contratados para trabajar en el museo destacaron y que nos hace pensar que la habilidad comercial de Moreno para promocionar sus proyectos había dejado de lado la importancia del registro de lo almacenado.

Los trabajos en la Sección Antropológica del Museo de La Plata

Las colecciones exhibidas en las salas de la Sección Antropológica permanecerían sin ser estudiadas hasta comienzos de la década de 1890, con la incorporación un poco azarosa de personal científico, en un contexto general marcado por los cambios permanentes en los perfiles de la institución y la consecuente falta de supervisión y coordinación de los trabajos. En efecto, desde su establecimiento, el museo atravesaría varias crisis de financiación a raíz del cuestionamiento o el interrogante sobre la utilidad de semejante institución (Podgorny/Lopes 2008, Farro 2009). Si en los años fundacionales el museo fue concebido como centro de estudio de la naturaleza americana y como un espacio que contribuiría a la instrucción general de los habitantes de la Provincia de Buenos Aires, hacia 1892, motivado por los fuertes recortes presupuestarios, Moreno ofreció los servicios de la institución al Gobierno Nacional, con el fin de conseguir nuevos fondos para el normal funcionamiento, reorientando en consecuencia los objetivos institucionales hacia la exploración del territorio nacional con el doble propósito de identificar recursos naturales explotables y contribuir al estudio topográfico de las regiones andinas. Este nuevo perfil se consolidó aún más con el nombramiento oficial de Moreno como perito en Límites en 1896, cuando el Museo de La Plata se puso al servicio de la cuestión limítrofe con Chile.

Este fenómeno, recordemos, no era privativo del museo: por el contrario, como ha señalado Claude Schnitter (1996), las reformulaciones permanentes en los objetivos institucionales de los museos deben ser entendidas como movimientos estratégicos de carácter pragmático de sus directores con el objeto de obtener los fondos del Estado necesarios para poder sobrevivir. En la década de 1890 Moreno supo atar la supervivencia del museo a una delicada coyuntura política que tuvo importantes efectos en la organización interna: el creciente compromiso de la institución con el Ministerio de Relaciones Exteriores, para contribuir al trabajo de exploración de recursos

naturales y para la determinación de los límites del territorio nacional, afectó notablemente el desarrollo de actividades en las secciones referidas a la “historia moral del hombre americano”. Esto se manifestó en proyectos que no llegaron a consolidarse debido a la falta de apoyo por parte de la dirección, puesta de manifiesto en la dilación de los tiempos editoriales, la imposibilidad de adquirir series bibliográficas actualizadas indispensables para los trabajos de clasificación y la negativa a incorporar nuevas secciones con personal para atenderlas, siendo las secciones vinculadas a la exploración del territorio las que prioritariamente consumieron los recursos financieros y humanos (Farro 2009). Hacia 1893, Samuel A. Lafone Quevedo (1835-1920), encargado honorario de la Sección de “Arqueología y Lenguas Americanas”, ante el incumplimiento del ofrecimiento de Moreno de publicar una *Biblioteca Lingüística del Museo de La Plata*, buscaría apoyo en otras instituciones, como el Instituto Geográfico Argentino y la Sociedad Científica, para desarrollar su proyecto de una “geografía histórica” de las lenguas indígenas del noroeste y del Chaco, que incluía la elaboración de mapas étnico-lingüísticos y la edición de manuscritos de los siglos XVI y XVII (Farro 2013). La fuerte orientación hacia la cuestión de límites conspiró también contra dos proyectos de creación de una Sección Etnográfica, propuestos sucesivamente por Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917) y por el explorador italiano Guido Boggiani (1861-1901)¹⁴, que contemplaban la clasificación de las colecciones, una serie de viajes de estudio y un ambicioso plan editorial con detallados trabajos monográficos sobre las distintas etnias del territorio argentino (Farro 2009).

En el caso puntual de la Sección Antropológica, la ausencia de un proyecto orgánico que emanara de la dirección hizo que sus sucesivos encargados desarrollaran estudios de acuerdo a su formación e intereses personales. La craneometría iba a instalarse de manera muy crítica de la mano de éstos, quienes, a diferencia de Moreno, discutirían profundamente las ideas sobre

14 Boggiani había nacido en Omegna, Italia, el 25 de setiembre de 1861. Formado como dibujante y pintor llegó a Paraguay en 1888, dedicándose al comercio de pieles de venado y de objetos de manufactura indígena, por lo que entabló contacto con los Chamacoco (Ishir) del Chaco, y con los Caduveo del Pantanal brasileño (Bonati 2006: 125). Si bien este contacto tuvo inicialmente fines comerciales, Boggiani pronto se dedicó a coleccionar objetos de interés etnográfico y datos lingüísticos sobre esos pueblos. A partir de 1896 comenzó a emplear una cámara fotográfica en los viajes de campo que realizó hasta 1901, cuando encontró la muerte a manos de los Chamacoco. En 1904, Lehmann-Nitsche editó una parte de estas fotografías, que salieron a la venta en forma de tarjetas postales.

el hombre americano y los métodos creados en Europa. Así, el holandés Herman F. C. ten Kate (1858-1931), que conocía a Moreno por haber compartido con él los cursos de Broca en París en 1880, se incorporó al museo hacia fines de 1892, permaneciendo solo siete meses, hasta mayo de 1893, debido al contexto de inestabilidad política provincial que recortó severamente el presupuesto destinado a la institución. Ya en Europa, le escribiría a Moreno, pero ante la falta de respuesta a sus cartas, decidió permanecer allí perfeccionando sus estudios en medicina. A pesar de haber sido oficialmente nombrado en marzo de 1895 como encargado de la Sección Antropológica del Museo de La Plata, ten Kate se incorporó recién a principios de 1896 y trabajó allí hasta mayo de 1897. En el transcurso de sus dos breves estadías, ten Kate desarrolló una serie de trabajos que marcaron la primera ruptura con el esquema impuesto originalmente por Moreno a las colecciones de esa sección, ligado al estudio del problema de la antigüedad del hombre americano, con la geología y la paleontología como disciplinas aliadas. En efecto, los trabajos llevados a cabo por este estudioso se referían a la determinación de “tipos” raciales observables sobre los indígenas vivos y al establecimiento de su posible relación de filiación con “tipos primordiales” inferidos a partir de las colecciones de museos y gabinetes y de los materiales extraídos de las excavaciones arqueológicas. Por sus años de formación en Francia y Alemania y sus numerosos viajes de estudio en los Estados Unidos, América del Sur, Asia y el Pacífico, ten Kate colocó las colecciones antropológicas del Museo de La Plata en la discusión internacional sobre los procesos de etnogénesis, la identificación de caracteres físicos descriptivos, las técnicas de deformación craneal, la distribución de los tipos raciales en el continente americano y los esquemas de clasificación de los mismos en relación con sus contrapartes asiáticas o europeas (Farro 2009: 137-169). A partir de una serie de 109 cráneos de indígenas “araucanos”, a la que consideraba por la calidad y cantidad de las piezas como la colección más valiosa de la sección, identificó la presencia de tipos variados en el norte de la Patagonia, que habrían sido el resultado de mezclas y migraciones (ten Kate 1892). Varias quejas asomaban en el trabajo, referidas al poco tiempo para la redacción del mismo por cierta premura del director del museo¹⁵ y fundamentalmente a la falta de recursos

15 Ten Kate (1893) se quejó repetidamente de los ritmos impuestos por Moreno para la publicación y las investigaciones, tal como aparece también en las cartas enviadas a Lehmann-Nistche desde Indonesia. Véase Instituto Ibero-Americano (IAI), Legado Lehmann-Nistche, N-0070 b 684.

bibliográficos. Citando a las autoridades en craneología americana, combinó distintas técnicas craneométricas consideradas pertinentes a su objeto de estudio, analizando de manera comparada las técnicas de deformación artificial observadas en esa serie con las de una colección de cráneos que había recolectado previamente en Tahití (ten Kate 1894).

Durante el transcurso de una expedición del museo a las provincias del Noroeste en 1893, ten Kate recolectó evidencia para probar una idea sostenida por los norteamericanos Frank Hamilton Cushing (1857-1900) y Washington Matthews (1843-1905), que se basaba en analogías observadas a escala continental en los caracteres físicos, la cultura material y los aspectos mítico-religiosos, entre las “culturas del desierto” del sudoeste de los Estados Unidos y las del antiguo Perú. El estudio detallado de las colecciones de cráneos y esqueletos procedentes de Catamarca, San Juan y Salta le permitió determinar, en primer lugar, la presencia marcada de rasgos métricos observados entre los cráneos y esqueletos de indígenas peruanos y, en segundo lugar, una disposición física muy similar a la de los grupos del Sudoeste norteamericano, entre las que se destacan la baja estatura, la braquicefalia, la baja capacidad craneana, los tipos de deformación, las medidas de la escápula y de la pelvis, la perforación del olécranon, el índice tibio-femoral y los tipos de enfermedades óseas (ten Kate 1893 y 1896a). Las vastas colecciones del museo le brindaron también las condiciones materiales para desarrollar, por un lado, aquellos puntos poco trabajados por la antropología física europea precisamente por la escasez de materiales óseos representativos, como el estudio de ciertas disposiciones del conducto auditivo externo, del hueso hioides, de las vértebras, del esternón y, particularmente, de la rótula (ten Kate 1896b). Por otro, las series de fotografías de indígenas de la Patagonia asociadas a las colecciones de cráneos y esqueletos y a un conjunto de mediciones antropométricas que registró sobre individuos vivos de aquellos grupos que visitaron el museo, le posibilitaron agregar evidencia visual a sus ideas acerca de las relaciones de filiación entre los tipos raciales americanos y los tipos “mongoloides” del Asia oriental y del Pacífico, a partir del estudio comparado de los llamados “caracteres físicos descriptivos” (Farro 2012). Ambos grupos compartirían caracteres como los cabellos lacios de sección cilíndrica, la escasez o ausencia de pelo en el cuerpo, los pómulos salientes, los tonos de piel —que variaban en una escala que iba del amarillo a colores cobrizos, pasando por una gama de tonos amarronados— y los ojos de disposición oblicua. Desde el punto de vista de la clasificación racial, esas ideas impli-

caban en la práctica colocar a los grupos americanos bajo el rótulo de las llamadas “razas amarillas” junto con los malayos, los polinésicos y con las poblaciones mongólicas de Asia. Para plasmar estas ideas en los salones de exhibición del museo hizo adquirir en la casa de comercialización de objetos para museos Ward’s Natural Science Establishment, una parte de la afamada colección de mascarillas faciales en yeso, vaciadas del natural, que había sido armada por el zoólogo y etnógrafo alemán Friedrich Hermann Otto Finsch (1839-1917) durante la década de 1880 en sus viajes entre los grupos de Micronesia, Melanesia, Polinesia, el Archipiélago Malayo, China, Japón y Australia. En otro orden de cosas, también pudo discutir un punto de carácter etnográfico, motivado por la presencia de indígenas visitantes en el museo, como era el de la dispersión geográfica del arco musical, registrando mediante fotografías las técnicas de ejecución del *Koh’lo* por parte del joven tehuelche “Tsaiwai José” (ten Kate 1898). Como se ve, los problemas estudiados por ten Kate a partir de las colecciones del museo remitían a sus propios intereses y a una escala de comparación global. La “nación argentina” lejos estaba de sus intereses.

En julio de 1897 Robert P. A. Lehmann-Nitsche (1872-1938), doctor en ciencias naturales de Múnich, ocupó el cargo dejado vacante por la partida de ten Kate. A diferencia de su predecesor y en sintonía con los cambios ocurridos en el campo de la antropología física en las postrimerías del siglo XIX, Lehmann-Nitsche consideraba que el aporte a la investigación de los estudios craneológicos, tal y como se lo había considerado hasta ese entonces en las descripciones métricas y el cálculo de diversos índices, era limitado. En efecto, en el Primer Congreso Científico Latino-Americano, celebrado en Buenos Aires en 1898, presentó las definiciones y el objeto de la antropología y la craneometría (Lehmann-Nitsche 1899a) en discusión con las publicaciones europeas y norteamericanas.¹⁶ Lehmann-Nitsche, apelando otra vez a la autoridad del “estar aquí”, cuestionaba las interpretaciones de los europeos por fragmentarias y arbitrarias, e iniciaba desde La Plata una obra de comentario y traducción (Podgorny 2006a). En conexión con ello, introduce en el contexto local una pretendida conciliación entre las escuelas francesa y la alemana de antropología. Para él, el método de Broca y las recomendaciones de la convención de Frankfurt (Frankfurter Verständigung) representaban elementos “esencialmente mé-

16 Cf. Lehmann-Nitsche (1899b), donde discute la idea propuesta por Ashmead de Nueva York a la Sociedad Antropológica de Berlín sobre la presencia americana de la lepra.

tricos”, poco centrales en el desarrollo de la disciplina (Lehmann-Nitsche 1899c); de tal manera, siendo tan poco importante la adhesión a uno u otro método, lo más importante residía en saber compararlos (Podgorny 2006a). Lehmann-Nitsche (1904a, 1904b y 1904c) insistía sobre el “valor relativo, secundario o auxiliar” del cráneo para la clasificación de las razas humanas. Asimismo, subrayaba la necesidad de desarrollar métodos especiales para describir las “tribus” de la raza americana y trascender los creados en Europa para caracterizar las diferencias “entre los negros y los europeos” (Lehmann-Nitsche 1904b). Lehmann-Nitsche combinaba métodos tomando, a su parecer, los más convenientes de las distintas escuelas antropológicas con otros de su creación (Podgorny 2006a). En este sentido, los factores que determinaban las técnicas más apropiadas no residían en el método sino en el objeto de estudio y las limitaciones del contexto local. Esta posición polémica y “liberada” de los métodos inventados en Europa reflejaba un modelo que Lopes (1997) ha descripto como “con los ojos en Europa y los pies en América”, un “estar aquí” metodológico que creaba una marca de identidad y discutía con los parámetros enunciados en otros contextos.

Esta combinación de Lehmann-Nitsche también debe ser entendida como un mecanismo utilizado para poder insertar sus trabajos en las discusiones internacionales. En este escenario de cooperación científica que transcendía las fronteras locales, Lehmann-Nitsche era uno de los tantos colaboradores en el entramado internacional de la ciencia y en ciertos casos una suerte de “comisionado en el campo”, un eslabón más en la economía colectiva de la práctica de la antropología decimonónica. Recordemos también que los problemas en la periodicidad de las publicaciones del museo obligaban a sus investigadores a editar sus trabajos en publicaciones francesas y alemanas (Farro 2009: 171-200). Por ello, en esta “conciliación” planteada por Lehmann-Nitsche se entremezclarán objetivos científicos, dificultades materiales, ausencia de la figura del director del museo y anhelos personales de reconocimiento intelectual.

Pero Lehmann-Nitsche no solo se limitaba al intento de inserción en las controversias internacionales, sino que también buscaba complementar y extender las investigaciones que otros estudiosos europeos realizaban o habían realizado sobre materiales americanos. En este sentido el arribo de un grupo de indígenas Onas a la Exposición Nacional de la Industria de Buenos Aires de 1898 será una oportunidad para que Lehmann-Nitsche realice mediciones, fotografías y el acopio de dibujos realizados por los

indígenas. Pudiendo contar con un grupo indígena de sumo interés para los estudiosos europeos, Lehmann-Nitsche buscaba continuar parte de la obra *Zur physischen Anthropologie der Feuerländer* (1893) de Rudolf Martin (1864-1925). En su trabajo, Martin llamaba la atención sobre la rareza y escasez en la literatura antropológica de monografías dedicadas al estudio sistemático sobre las distintas “razas primitivas” que todavía habitaban el planeta, y más aún sobre los indígenas de Tierra del Fuego. Agregaba a su vez que muchas veces el escaso material del cual se disponía llevaba a teorías prematuras y generalizaciones demasiado amplias. Criticaba la amplitud de medios de medición existentes y llamaba a una breve descripción de cada técnica utilizada, a fin de obtener un control de las mismas y poder hacer un correcto uso de los datos obtenidos. Finalmente insistía en la necesidad de monografías, especialmente osteológicas, sobre las “tribus” de Tierra del Fuego (Martin 1893).

La conciliación planteada por Lehmann-Nitsche entre las escuelas antropológicas francesa y alemana se daba no solamente en el plano de las mediciones sino que también buscaba complementar lo propuesto por ambas líneas en relación a la aplicación de la fotografía en los estudios de antropología física. En el trabajo que realizó en 1899 sobre los indígenas Takshik que se hallaban en Buenos Aires, Lehmann-Nitsche señala que se basó, para la toma de las fotografías, en el método propuesto por la École d'Anthropologie de París, en tanto que una parte importante de las imágenes publicadas fue ordenada y distribuida teniendo en cuenta el “método” utilizado por el profesor de fisiología de la Universidad de Berlín, Gustav Fritsch (1838-1927) (Lehmann-Nitsche 1904c). El “método de la Escuela de París” correspondía a los resultados de los estudios hechos por una comisión encabezada por el antropólogo Gabriel de Mortillet (1821-1898), en la que participaron además Léonce Manouvrier (1850-1927) y el fotógrafo Edouard Fourdrignier (1842-1907), quienes por medio de un ejemplo práctico presentaban una rigurosa propuesta para aplicar la fotografía a los estudios antropológicos (Mortillet 1898). Mortillet, quien era también profesor de Antropología Prehistórica de la École d'Anthropologie de París desde 1876 (Dias 1991), hacía un vehemente alegato a favor de los retratos al desnudo para fines científicos,¹⁷ ya que según observaba, para estudiar a

17 “Si un naturalista fuera a describir, a fotografiar y a dibujar a los animales del teatro Corvi con los trajes de general, de gran dama, de criado, de confidenta, etc., con que se los atavía, usted se encogería de hombros exclamándole: – ¡Esto no es serio!” (Mortillet 1898: 105, nuestra traducción)

una persona los antropólogos fotografiaban “más trajes que partes descubiertas”, lo que volvía al método de la fotografía antropológica “ridículo y vicioso”. Así, Mortillet afirmaba que para estudiar al hombre había que fotografiarlo desnudo del mismo modo que lo exigía el arte. Sin embargo, la fotografía antropológica que proponía Mortillet implicaba ubicar a los sujetos de forma rigurosamente pautada, por lo que el acercamiento que planteaba entre arte y antropología se circunscribía únicamente a la posibilidad de representar cuerpos desnudos. De esa forma, cualquier movimiento o desplazamiento en la postura de los retratados haría que las imágenes obtenidas resultaran inútiles para la antropología, que necesitaba de “informaciones precisas y comparables” (Mortillet 1898: 107).

Por otra parte, al igual que sus colegas en Francia, el antropólogo y médico alemán Gustav Fritsch había propuesto, hacia mediados de la década de 1870, una serie de reglas “científicas” sobre la fotografía antropológica¹⁸ para los viajeros, entendiendo que la estandarización de ese proceso contribuiría a la medición de las proporciones humanas y la creación de una base de datos para la comparación de los “tipos” humanos. Sin embargo, el énfasis puesto por Fritsch en estos estrictos principios iría modificándose hacia finales de siglo, cuando su interés en el uso de la fotografía en antropología fuera cambiando desde lo científico a lo estético, expresándose en un lenguaje de proporciones ideales y “belleza racial”. En ese sentido la mayoría de las fotografías de desnudos tomadas por él mismo, así como aquellas obtenidas de otras fuentes no cumplían con los estándares que él mismo había establecido dos décadas antes (Lewerentz 2008: 152-156). En el año 1900 y estando en Berlín, Lehmann-Nitsche visitó a Fritsch, quien le dio a conocer su “método”. Este consistía sencillamente en disponer una serie de fotografías sobre una cartulina de forma tal que mediante un golpe de vista pudiera capturarse la esencia común de los retratos y visualizarse el tipo característico del grupo fotografiado. En este sentido, el énfasis no estaba puesto en la fiabilidad depositada en algún instrumento o pautas de procedimiento, sino que dependía fundamentalmente del entrenamiento y la experiencia del observador (Martínez 2011).

Posteriormente, en 1906 Lehmann-Nitsche realizó otro estudio antropológico en el Ingenio La Esperanza, Provincia de Jujuy, donde dejó

18 Las detalladas instrucciones de Huxley y Fritsch se anticipan al menos en una década a los principios enunciados por el funcionario policial francés Alphonse Bertillon (1853-1914) en cuanto al uso de los retratos fotográficos en la antropometría.

de lado su intención inicial de conjugar los métodos de las antropologías francesa y alemana. Luego de haber conocido el “método” Fritsch y trabajado la colección fotográfica de Boggiani, Lehmann-Nitsche se mostraba entusiasta sobre la utilización de la fotografía para acceder a la visualización de los tipos raciales y, aunque no dejaba de lado el valor de las mediciones, éstas parecían ir perdiendo importancia en su trabajo (Martínez 2011). En ese sentido, estimaba que las fotografías de Boggiani no habían sido hechas de acuerdo a los principios antropológicos dominantes, sino que para ellas primaba otro principio de validez, el artístico, y se preguntaba si tal vez estos principios aplicados por Boggiani no darían “ideas completamente nuevas a la antropología y especialmente a la fotografía antropológica” (Lehmann-Nitsche 1904d y 1904e). Pero este entusiasmo tuvo una duración fugaz, poco tiempo después de la publicación de los resultados de esta campaña, Lehmann-Nitsche abandonaría definitivamente los estudios antropométricos y la fotografía como medio de conocimiento,¹⁹ dedicándose a los estudios folklóricos y a la mitología y cosmología indígena, siguiendo, una vez más, los impredecibles derroteros de sus intereses.

Conclusiones

Las mismas ideas con las que Moreno se promovió a sí mismo y a sus proyectos terminaron consolidando a Moreno como una suerte de brazo instrumental del aparato estatal en la apropiación de los territorios. Esta idea fue promovida y acicateada en la década de 1920 por los sectores de la derecha católica. Sorprendentemente, el “culto laico” a la figura de Moreno ha tenido una enorme eficacia hasta la actualidad aun en los estudios que, imbuidos de la teoría crítica y los estudios postcoloniales, lo toman como punto de partida –invirtiendo el signo de la valoración ideológica– para el análisis de la supuesta relación entre antropología, museos y la “construcción de la nacionalidad”. En este esquema, basado fundamentalmente en la exégesis textual de las narrativas de viaje, los discursos parlamentarios y las memorias institucionales, el “aparato estatal” aparece como una estructura que funciona de manera muy eficaz y donde las instituciones

19 Aunque siguió utilizando imágenes fotográficas para ilustrar sus textos y continuó viajando al campo acompañado por su cámara, la fotografía ya no sería utilizada por Lehmann-Nitsche como un dato científico “mensurable” (Spencer 1992).

científicas formaron un engranaje esencial, pero sin explicar los elementos concretos que habrían contribuido a esa supuesta eficiencia. Este trabajo ha intentado matizar esa clase de afirmaciones, argumentando que los espacios, las prácticas y los actores ligados al desarrollo de la antropología en la Argentina finisecular muestran el contexto lábil que los prohiaba, donde los proyectos no llegaban a consolidarse o lo hacían con mucha dificultad, ora por falta de apoyo del Estado, ora por el establecimiento de nuevas prioridades institucionales.

Proponemos así una lectura de la historia de la ciencia en la Argentina basada en las contingencias y no en las teleologías del Estado-Nación. Curiosamente, esa otra línea reposa sobre aquellos argumentos elaborados por la historiografía más tradicional, que celebraba la obra de la “Generación de la década de 1880” como un elemento fundacional de la Nación moderna en base a la ciencia y la educación. Singularmente, al tomar esta retórica como punto de partida para el análisis, los trabajos recientes, que surgen cuestionando la era de los “grandes relatos”, parecen sustentarse en esas grandes generalizaciones propias de otras épocas, reemplazando una teleología por otra. Trascendiendo estos enfoques, la historiografía de los últimos años ha señalado tanto las limitaciones heurísticas de la idea de “generación” como las de la supuesta eficacia del Estado, dando cuenta con sutileza de la coexistencia en el último tercio del siglo XIX de múltiples proyectos que no llegaron a consolidarse y del peso de las estrategias de los actores individuales por sobre las estructuras burocráticas. En esta línea, el proceso de creación de colecciones y de instituciones dedicadas a la antropología muestra las tensiones generadas por un Estado poco dispuesto a sostenerlas con fondos públicos, y cómo la acción y los contactos familiares y políticos de individuos como Moreno desempeñaron un papel preponderante tanto en la creación del Museo Antropológico y Arqueológico en 1878, como en el proyecto de 1881 de un Museo Nacional de dimensiones monumentales que no se concretará. Como hemos visto, si bien la retórica empleada en la defensa parlamentaria apelaba al orgullo nacional y a los servicios de utilidad que la antropología le reportaría al gobierno, en los hechos, el Museo Antropológico y Arqueológico resultó ser más funcional a los intereses de la escuela antropológica parisina. Más aún, los viajes de exploración emprendidos en la época por Moreno estuvieron modelados por protocolos de recopilación de datos que fueron pensados por la industria editorial de fines del siglo XIX y, en consecuencia, fueron criticados en su época por el escaso aporte que hicieron al conocimiento

topográfico de las regiones recorridas. En el caso del Museo de La Plata, si bien durante los primeros años la antropología pareció mantener un lugar de preponderancia –al menos en la retórica empleada por Moreno–, pronto debió ceder su lugar a otras secciones y disciplinas que respondían mejor a los sucesivos cambios en los perfiles institucionales que el director debió realizar para asegurar los fondos necesarios para que la institución siguiera funcionando. No solo eso: la rivalidad personal entre Moreno y Florentino Ameghino obsesionaría a los contrincantes por la paleontología de los mamíferos más antiguos de la Patagonia. Sugestivamente, y contra lo que se señala habitualmente, es durante la década de 1890, con el pasaje del museo entendido como monumento y centro de estudio de la naturaleza americana a un servicio de la definición de los límites de la Nación, cuando los trabajos en las secciones dedicadas al estudio de las lenguas indígenas, la etnografía y la antropología física se ven profundamente afectados. Desplazados en el esquema de prioridades presupuestarias y editoriales impuesto por Moreno, los directores de esas secciones desarrollarían planes de trabajo de manera autónoma, siguiendo sus intereses particulares y buscando apoyo para las tareas cotidianas en sus redes de contactos personales con el objeto de publicar sus estudios con regularidad y poder obtener bibliografía actualizada. Esta desvinculación material de las prácticas con el supuesto entramado estructural del Estado tuvo también su correlato en el contenido temático de los estudios desarrollados por los sucesivos encargados de sección quienes, como ten Kate y Lehmann-Nitsche, estaban más vinculados a temas y ámbitos de discusión de carácter internacional. A ellos la “Nación” argentina no los desvelaba, a no ser que se disolviera y dejara de cumplir con sus contratos.

Agradecimientos:

Dedicamos este trabajo a Alfonso Buch, in *memóriam*.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1991): *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London/New York: Verso.
- BLANCKAERT, Claude (1988): "On the Origins of French Ethnology: William Edwards and the Doctrine of Race". En: Stocking, George W. (ed.): *Bones, Bodies, Behavior. Essays on Biological Anthropology*. Madison: University of Wisconsin Press, pp. 18-55.
- (1989): "L'indice céphalique et l'ethnogénie européenne: A. Retzius, P. Broca, F. Pruner-Bey (1840-1870)". En: *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1, 3-4, pp. 165-202.
- BONATI, Isabella (2006): *Guido Boggiani. Orme Nell'ignoto*. Torino: Il Tucano Edizioni.
- BROCA, Paul (1879): *Instructions générales pour les recherches anthropologiques à faire sur le vivant*. Paris: G. Masson.
- CANAS, Jaime E. (1968): "Los Caballeros de la Noche: delincuentes sin castigo". En: *Todo es Historia*, 11, pp. 84-92.
- DIAS, Nélia (1990): "Préface: L'anthropologie comme science pure". En: Topinard, Paul: *L'homme dans la nature*. Paris: Jean Michel Place, pp. i-xi.
- (1991): *Le Musée d'ethnographie du Trocadéro (1878-1910). Anthropologie et Muséologie en France*. Paris: Éditions du CNRS.
- FARRO, Máximo (2009): *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- (2012): "Imágenes de cráneos, retratos antropológicos y tipologías raciales. Los usos de las primeras colecciones de fotografías del Museo de La Plata a fines del siglo XIX". En: Kelly, Tatiana/Podgorny, Irina (eds.): *Los secretos de Barba Azul: fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*. Rosario: Prohistoria Ediciones, pp. 69-95.
- (2013): "Las lenguas indígenas argentinas como objeto de colección. Notas acerca de los estudios lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo XIX". En: *Revista de Indias*, LXXIII, 258, pp. 525-552.
- HOBBSAWM, Eric/RANGER, Terence O. (1992): *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HUYSEN, Andreas (2000): *Seduzidos pela memória: arquitetura, monumentos, mídia*. Rio de Janeiro: Aeroplano.
- KALTBRUNNER, David (1879): *Manuel du voyageur*. Zürich: J. Wurster.
- LEHMANN-NITSCHKE, Robert (1899a): "Antropología y craneología". En: *Revista del Museo de La Plata*, IX, pp. 121-140.
- (1899b): "¿Lepra precolombiana? Ensayo crítico". En: *Revista del Museo de La Plata*, IX, pp. 337-370.
- (1899c): "Quelques observations nouvelles sur les indiens Guayaquis". En: *Revista del Museo de La Plata*, IX, pp. 399-408.
- (1904a): "Informe presentado a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires por el delegado de la Facultad al XIV Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Stuttgart en 1904". En: *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, III, pp. 66-81, 173-182, 308-318, 385-397.

- (1904b): “Tipos de cráneos y cráneos de razas. Estudio craneológico”. En: *Revista del Museo de La Plata*, XI, pp. 158-170.
- (1904c): “Études anthropologiques sur les indiens Takshik (Groupe Guaicuru) du Chaco Argentín”. En: *Revista del Museo de La Plata*, XI, pp. 261-313.
- (1904d): *La colección Boggiani de tipos indígenas de Sudamérica Central*. Buenos Aires: Roberto Rosauer.
- (1904e): “Sammlung Boggiani von Indianertypen aus dem zentralen Südamerika”. En: *Zeitschrift für Ethnologie*, 36, pp. 882-885.
- LEWERENTZ, Annette (2008): “The racial theories and nude photography of Gustav Fritsch, 1870-1910”. En: Dietrich Keith H./Bank, Andrew (eds.): *An eloquent picture gallery. The South African portrait of Gustav Theodor Fritsch, 1863-1865*. Auckland Park: Jacana Media, pp. 152-161.
- LOPES, Maria M. (1997): *O Brasil descobre a pesquisa científica: os Museus e as Ciências Naturais no Século XIX*. São Paulo: HUCITEC.
- MARTIN, Rudolf (1893): “Zur physischen Anthropologie der Feuerländer”. En: *Archiv für Anthropologie*, 22, pp. 155-217.
- MARTÍNEZ, Alejandro R. (2011): *Imágenes fotográficas sobre pueblos indígenas. Un enfoque antropológico*. Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de La Plata: Tesis Doctoral inédita.
- MONTERRAT, Marcelo (1980): “La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso”. En: Gallo, Ezequiel L./Ferrari, Gustavo (comps.) *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 785-818.
- MORENO, Francisco P. (1874): “Cementerios y paraderos prehistóricos de la Patagonia”. En: *Anales Científicos Argentinos*, 1, 1, pp. 2-13.
- (1878): *El estudio del hombre Sud-Americano*. Buenos Aires: La Nación.
- (1881): “Antropología y arqueología. Importancia del estudio de estas ciencias en la República Argentina”. En: *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XII, pp. 160-173 y 193-207.
- (1888): *Museo de La Plata. Sus progresos durante el primer semestre del año 1888. Memoria elevada al Ministro de Obras Públicas de la Provincia, Dr. Manuel Gonnert*. Buenos Aires: El Censor.
- (1890a): “El Museo de La Plata, rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo”. En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. 1-30.
- (1890b): “Project d’une exposition rétrospective argentine a l’occasion du quatrième centenaire de la découverte de l’Amérique”. En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. 1-7.
- (1935): “Fundación del Museo de La Plata [Acta de Donación de don F. P. Moreno a la Provincia de Buenos Aires de sus colecciones el 8/11/1877]”. En: González, Joaquín V.: *Obras completas*. Buenos Aires: Mercatali, Tomo 14, pp. 127-136.
- MORTILLET, Gabriel de (1898): “Photographies anthropologiques. Le nu”. En: *Revue Mensuelle de l’École d’Anthropologie de Paris*, 8, pp. 105-108.
- PODGORNY, Irina (1995): “De Razón a Facultad: Ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918”. En: *Runa*, XXII, pp. 89-104.

- (1998): “Uma exibição científica dos pampas (apontamentos para uma história da formação das coleções do Museu de La Plata)”. En: *Idéias*, 5, 1, pp. 173-216.
- (2000a): *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, estudiosos, museos y universidad en la creación del patrimonio paleontológico y arqueológico nacional (1875-1913)*. Buenos Aires: EUDEBA.
- (2000b): “The ‘Non-Metallic Savages’: The Use of Analogy in Victorian Geological Archaeology and French Paleontology and its Reception in Argentina at the Turn of 19th Century”. En: Gramsch, Alexander (ed.): *Vergleichen als archäologische Methode. Analogien in den Archäologien, mit Beiträgen einer Tagung der Arbeitsgemeinschaft Theorie und einer kommentierten Bibliographie*. Oxford: Archaeopress, pp. 19-38.
- (2002): “Ser todo y no ser nada: Paleontología y trabajo de campo en la Patagonia a fines del siglo XIX”. En: Visacovsky, Sergio E./Guber, Rosana (comps.): *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia, pp. 31-77.
- (2005): “Bones and Devices in the Constitution of Paleontology in Argentina at the End of Nineteenth-Century Argentina”. En: *Science in Context*, 18, 2, pp. 249-283.
- (2006a): “La derrota del genio. Cráneos y cerebros en la filogenia argentina”. En: *Saber y Tiempo*, 20, pp. 63-106.
- (2006b): “Embodied institutions: La Plata Museum as Francisco Moreno’s autobiography”. Paper held at 34th CIMUSET Conference, Simposio “Os modos de interpretação de personagens emblemáticos”.
- (2008): “La prueba asesinada. El trabajo de campo y los métodos de registro en la arqueología de los inicios del Siglo XX”. En: Gorbach, Frida/López Beltrán, Clara (eds.): *Saberes locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*. México, D.F.: El Colegio de Michoacán, pp. 169-205.
- (2009): *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- (2011): “Mercaderes del pasado: Teodoro Vilardebó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de la Plata, 1830-1850”. En: *Circumscribere*, 9, pp. 29-77.
- PODGORNY, Irina/LOPES, Maria M. (2008): *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México, D.F.: Limusa.
- (2013): “Trayectorias y desafío de la historiografía de los museos de historia natural en América del Sur”. En: *Anais do Museu Paulista*, 31, 1, pp. 15-25.
- QUESADA, Ernesto (1923): *Francisco P. Moreno. Conmemoración de 1923*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Araujo.
- SAPPOL, Michael (2002): *A Traffic of Dead Bodies: Anatomy and Embodied Social Identity in Nineteenth Century America*. Princeton: Princeton University Press.
- SCHNITTER, Claude (1996): “Le développement du Muséum National d’Histoire Naturelle de Paris au cours de la seconde moitié du XIX^e siècle: ‘Se transformer ou périr’”. En: *Revue d’Histoire des Sciences*, 49, pp. 53-97.
- SPENCER, Frank (1992): “Some Notes on the Attempt to Apply Photography to Anthropometry during the Second Half of the Nineteenth Century”. En: Edwards, Elizabeth (ed.): *Anthropology & Photography 1860-1920*. New Haven/London: The Royal Anthropological Institute/Yale University Press, pp. 99-107.

- STOCKING, George W. (1988): *Bones, Bodies, Behavior. Essays on Biological Anthropology*. Madison: University of Wisconsin Press.
- TEN KATE, Herman F. C. (1892): "Contribution à la craneologie des Araucans argentins". En: *Revista del Museo de La Plata*, IV, pp. 209-220.
- (1893): "Rapport sommaire sur une excursion archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucuman et de Salta". En: *Revista del Museo de La Plata*, V, pp. 329-346.
- (1894): "Notiz über Deformation des Schädels (Araucanien und Tahiti)". En: *Internationales Archiv für Ethnographie*, VII, pp. 90-98.
- (1896a): "Anthropologie des anciens habitants de la région calchaquie". En: *Anales del Museo de La Plata*, Serie 1ª, Sección Antropología, I, pp. 1-62.
- (1896b): "Sur quelques points d'ostéologie ethnique imparfaitement connus". En: *Revista del Museo de La Plata*, VII, pp. 264-276.
- (1898): "Geographical Distribution of the Musical Bow". En: *American Anthropologist*, XI, pp. 93-94.
- (1906): "Matériaux pour servir à l'anthropologie des Indiens de la République Argentine". En: *Revista del Museo de La Plata*, XII, pp. 31-64.
- VAN RIPER, A. Bowdoin (1993): *Men among the Mammoths. Victorian Science and the Discovery of Human Prehistory*. Chicago: University of Chicago Press.